

nacional; con su amo habla aquel idioma, mientras éste nos muestra algunos bibelots maravillosos de por allá.

Para que nada falte, para demostrar por la cén-
tieme que la Europa ha sido y es la maestra del Ja-
pón, se organiza una partida de baccara y el cam-
rero nos contempla, nos escancia cerveza, en tanto
que sus ojillos vivos y tristes, diríase que sonrie-
ran admirados de nuestro rasgo de. . . cultura
occidental!

Hemos de parecerle demasiado modernos y cí-
vilizados!

22 de diciembre—Cumplo 23 años de edad. Fí-
sicamente represento más de 30; moralmente, he
encanecido.

23 de diciembre—Doy fin al capítulo V de "Im-
presiones y Recuerdos."

1 8 9 3

1.º de enero—Un nuevo año!
¿365 amigos ó enemigos?
Allá veremos.

2 de enero—Comida en la casa de un anciano
argentino, de más de 70 años; entre invitados y
miembros de la familia seremos una veintena. Los
hombres tomamos el café en el vestíbulo, para fu-
mar, y allí nos llega el eco de las risas y de las
voces de las señoras que charlan en el salón.

El dueño de la casa pónese á conversar conmigo,
y en el curso de la conversación me hace sus
confidencias, me afirma que ha engendrado vein-
tantos hijos, desde una condesa, en Italia, hasta
el propietario de un almacén de ultramarinos, aquí.
Durante media hora háblame sin parar, brillantes
los ojos, iluminada la cara cual si la lumbre de sus
recuerdos, ahora, en el ocaso de su vida, le comu-
nicara fuerza para de nuevo comenzar sus hazañas.
Alguien viene á interrumpirnos, y él, para finalizar
me sopla al oído:

—Si yo escribiera mis memorias, saldrían más
interesantes que las de Casanova. . . pero hay mu-
cha señora casada de por medio, muchas familias,
y prefiero gozar de mi pasado, así, á solas, ó con
persona que lo comprenda y paladee.

De veras que el amor, aún después de extinto,
realiza prodigios; he aquí á este buen señor pu-

diendo morir se cuando mejor le parezca: ha sido un sabio.

5 de enero—De reunión en casa de Bedout, con el Ministro de Austria; el Secretario de la legación de España en la Argentina, Pepe Caro, y el de la de España en el Brasil, Careaga; el de la de Italia, el de la de Suiza, y un señor Pennano.

A media noche y conducidos por el cónsul de Suecia y Noruega, llegan el príncipe ruso Youriewsky y tres oficiales de la marina de guerra rusa, que pertenecen al crucero de 1.ª clase "Rynda," entrado en el puerto anteayer. El príncipe éste es hijo morganático del czar Alejandro II, y, por consecuencia, hermano del czar actual. Es un mocetón imberbe y rubio, de unos veinte años, muy afable; habla un francés *boulevardier* puro.

Pasamos al comedor, y resultamos trece en la mesa. Los rusos y el Ministro de Austria, protestan atemorizados; Caro se sacrifica y se sale á tomar el aire en un balcón. Anímase la improvisada cena, el champagne circula.

El oficial ruso que tengo al lado parece inteligente; lo interrogo acerca de Tourgueneff y de Tolstoi; me cree poeta. Hablamos de política; él, al pronto no quiere franquearse, hasta que al fin, con algo de profético en la mirada, exclama:

—Rusia no teme la guerra futura; somos una potencia colosal. La Europa entera nos odia, pero quizás podamos devorar á la Europa entera.

Arrepiéntese de su vaticinio, lo echa á la broma, al champagne. . . . Me invita á visitarlo á bordo de su barco.

Nos retiramos á eso de las 3 de la madrugada, y á solas conmigo mismo, dentro de un "simón," no ceso de pensar en el otro vaticinio, el conocidísimo del Emperador:

—¡La Europa será republicana ó cosaca!

10 de enero—A bordo del crucero ruso "Rynda." He ido con Bedout y paso una tarde primorosamente exótica.

Al pie de la escalera, nos reciben el 2.º comandante y cuatro oficiales más; el 1.º comandante, nos aguarda á las puertas de su saloncito. Es joven y es distinguido; estuvo en la última guerra ruso-turca del 77; ha mandado el yate imperial.

Un marino garrido aparece con una bandeja coronada de copas servidas de champagne. Ofrecémoslo con tal ademán de sumisión,—ese hombrazo capaz de triturarnos á los tres juntos,—que me entristece; tengo que recordar que en su país, (hélas! . . . y en otros que mucho cacarean de libertad, también!) existe aún el *knout* y existen los siervos, mal grado su emancipación escrita.

Durante nuestra charla, muéstranos el comandante los retratos del czar, de la zarina y del emperador de Alemania, con autógrafos, y una condecoración, regalo de éste último, cuajada de brillantes. Pregúntole, inocentemente ¡mi palabra de honor! si el czar es amable con sus inferiores, y se me amosca:

—Más que muchos presidentes de repúblicas americanas!—me contesta.

—¿Pues cuántos conoce usted, comandante?—vuelvo á preguntarle, para deslindar la alusión.

Y todo sofocado, tiene que confesarme que, hasta ahora sólo conoce la Argentina. Es decir, conoce sus costas y el puerto de Buenos Aires; al Presidente, nó.

¡Hé ahí la fama de nuestros presidentes volando por el orbe!

Después visitamos al crucero, que es idéntico, *matutis mutandis*, á todos sus congéneres contemporáneos.

Nos llevan al carré de los oficiales. Están completos, una cincuentena, van á comer y toman antes, de pie, la chále ó aperitivo ruso, una ensalada

de arenques remojada con el célebre aguardiente moscovita que se apellida *Vod'ka*. De improviso, suena la banda, sobre cubierta; ha de ser algún aire patrio, pues los oficiales lo cantan entusiasmados.

Resulta un cuadro tanto hombre rubio y atlético, vestido con el uniforme de estío, descubierto de la cabeza y rondando las mesas servidas, con la mayor alegría y fraternidad, en la mano la copa, mientras un pope de lengua barba gris y neptuniana, de blanco revestido, dobla la cabeza sobre las manos, en un ángulo del carré y salmodia las plegarias de la tarde.

A la tercera copa de *Vod'ka* comienzo á sentirme demasiado esclavo y propongo á Bedout una honrosa retirada.

Nos dejan ir con pena; no hay idea de la franca hospitalidad de los rusos,—en el "*Rynda*," á lo menos.

Y mi última visión, á la salida, es la de algunos marineros encaramados en las vergas y jarcias; marineros que simulan prófugos de alguna boreal leyenda.

En la dársena, una colosa y compacta multitud nos contempla con envidia. ¿Por qué?

13 de enero—Termino el capítulo VI de "Impresiones y Recuerdos" y leo una elogiosa crítica sobre "Apariencias," aparecida en un número de la "Ilustración Artística," de Barcelona.

18 de enero—Encantado tres días con la lectura de las correspondencias de Stendhal y de Gustavo Flaubert, respectivamente. Son hombres que estimulan; lecturas como ésta debiéramos hacerlas de tiempo en tiempo los que por una ú otra

causa, nos hemos dado á la envenenada carrera de las letras.

Contraste. Voy por la noche al teatrillo de la "Comedia," á conocer al tan renombrado actor cómico madrileño, Julio Ruiz, cuatro meses há desembarcado en Buenos Aires.

Las peti-piezas en que trabaja, perfecta y totalmente sosas; y él, no me parece que pase de una medianía en su género.

22 de enero—Asisto al meeting del teatro de Onrubia, organizado para protestar contra la actitud del Gobierno nacional en el conflicto provinciano de Corrientes.

Muy importante como reunión política; habrá unas cuatro mil personas. Los resultados, son negativos; los gritos é interrupciones pueden más que los oradores.

Mientras permanezco dentro del teatro, en donde no cabe ni un afiller, pienso con horror en lo que sucedería si alguien gritara "¡fuego!" ó un exaltado disparara un tiro.

Más tarde, miro desfilar la procesión por la calle de Florida; y aquí, lo mismo que en el resto del mundo, reviste la tal manifestación popular un sarcasmo manifiesto, una ironía sangrienta! Por delante, va el pueblo con su música, sus gritos, sus banderas, creyéndose libre de veras. . . . Atrás, y diz que para mantener el orden, va la policía de á caballo, la que me hace el efecto de pastores arreando el ganado; de ayas que sin perder de vista al rorro, le consienten que haga solo sus primeros pininos sin consecuencias.

Más tarde aún, en la esquina de las calles de la Victoria y de Bolívar, miro un fragmento de tumulto que me obliga á buscar refugio, por su violencia, en el club de Residentes Extranjeros. Un individuo, que se hallaba á mi lado con aires de fu-

gitivo, en la saliente del portal, es agredido por un corpulento cabo de vigilantes, que al fin lo derriba, después de propinarle, brutalmente, dos ó tres golpes con el puño de su rebenque,—es de advertir que estos puños son de plomo, ó de hierro, vestido de cuero,—en donde le caen: cabeza, espalda, brazos. El cruel azote hiende los aires junto á mi rostro, oigo materialmente sus silbidos de cóctalo enfurecido!... La gente huye, arremolinada: escúchanse chillidos de mujeres, imprecaciones masculinas, rumor de garrotazos, de riña, de galopar de caballos; los tranvías, que no interrumpen su curso pero sí aminoran sus andares, arrojan la destemplada nota lastimera de los cuernos de sus mayores, y son asaltados por racimos de manifestantes que escapan de la quema. Vivas al partido radical ¡ilusos!... Los cafés, defienden sus vidrieras, apresuradamente, y yo, en cuanto me es dable intentarlo sin riesgo de que me toque un estacazo no obstante mi fuero diplomático (?), márchome á casa, tristemente convencido de que ni las latitudes ni las razas se diferencian gran cosa para ciertos negocios; en todas partes es la misma humanidad.

Por la noche, nada; parece un asunto terminado el principio de revuelta.

Concluyo la lectura de Schopenhauer.

26 de enero.—Doy término al capítulo VII de "Impresiones y Recuerdos."

30 de enero.—Invitado á comer por Pennano, un caballero milanés con quien he hecho muy buenas migas en la legación de Italia. Es un hombre de edad provecha, viudo y exageradamente monarquista.

Encuentro en su casa á dos personas que no co-

nozco é invitadas también. A poco, llega Pennano, y para excusarse del retardo, nos lo explica: á las 4 de esta tarde se le ha muerto una sirvienta que treinta años llevaba de acompañarlo; ha tenido que salir á diversos arreglos funerarios.

Propongo que nos vayamos á comer á la fonda, pero Pennano se opone y los otros dos invitados lo apoyan.

Nos instalamos en el comedor, y el hallarme á unos pasos de la humilde muerta, amárgame la comida; en la conversación general, hablamos casi por lo bajo y reímos con esfuerzo. Estoy seguro de que los demás experimentan algo análogo á lo que yo experimento. En cuanto acabamos de comer, nos echamos á la calle todos, el dueño de casa inclusive; y el resto de la noche, persiste en mí una fúnebre impresión desagradable.

1.º de febrero.—Y cómo no indignarse contra los criticastros que nos diputan falsificadores de la verdad, de la vida real,—á los que con mayores ó menores dotes la retratamos en nuestros libros,—cuando en esta vida real tenemos sorpresas del género máximo, del género que yo he tenido una hoy?...

Muéstrame un amigo, exigiéndome, y con razón, la reserva más absoluta, cinco cartas anónimas que le endereza un pederasta, que por él está que se perece de lujuria nauseabunda... Un verdadero emético la tal lectura, indecente, indecente; aquello es de un enfermo que se revuelca en el limo pestilente de una perversión genésica!... Mi amigo, que sospecha quién es él, un pseudo-señorito de buen origen, consúltame si deberá dar parte á la policía. Opino por la afirmativa, desde luego, agregando que no vendría mal al depravado mocito, una señora paliza previa.

Queda en contarme lo que resulte.

¿Si uno lo dijera en sus libros, qué fallaría la crítica sensata y desapasionada (!!)?...

Pues, diría lo que siempre dice: que inventamos esas monstruosidades por propios desequilibrios morbosos!

Y eche usted terminajos diz que científicos.

3 de febrero—Acabo el capítulo VIII de "Impresiones y Recuerdos."

Debido á una malísima noticia llegada ayer á la legación, tengo que violentar la terminación de mi libro: desde el próximo 1o. de julio, queda suprimida, por economía, la legación de México en la América del Sur.

¿A dónde me enviarán?...

Es incalculable el trastorno que esto me significa: pierdo editor, amigos, y quién sabe cuánto más. . . . Si el cambio pudiera decirme al menos algún alivio para mi enfermedad de espíritu que empeora día á día!. . . . A veces, preguntome si no sería mejor renunciar á mi dicha, ¡mi envenenada dicha!, no realizar el ensueño, sino hundirme en la prosa, vivir la vida de la mayoría, dejando en la memoria una especie de reservado parque al que fueran á pasear de tiempo en tiempo mis anhelos de hoy!. . . Quizá fuese el remedio, pero siéntome tan sin fuerzas para intentarlo, que todo lo prefiero al absoluto y completo renunciamiento.

8 de febrero—Almuerzo en mi casa un amigo de sesenta y nueve años, tontón y viudo, que conserva vivísimo culto por su esposa muerta. En las expansiones de la sobremesa, llega á iniciarme en muchas de sus desvanecidas intimidades conyugales, y como para justificarlas, dícame esta frase, que, por lo gráfica, me encanta:

—"La quería yo mucho, muchísimo, hasta los huesos!"

Decreto adjudicármela para algún futuro libro mío.

9 de febrero—Concluyo el capítulo IX de "Impresiones y Recuerdos."

Llégame de Guatemala, una crítica halagüeña sobre "Apariencias;" y de México, que es lo que más me interesa, nada aún.

11 de febrero—A las 8 y ½ de la noche dentro de un coche-dormitorio del ferrocarril del Sur, en marcha para Mar del Plata.

Una pequeñez originame envidia muy grande: el sirviente del coche, ostenta en la gorra el título de su empleo, pero osténtalo en español, como debe ser; lee "camarero," no se lee "Porter," como en los ferrocarriles mexicanos internacionales. Y nadie protesta allá!

12 de febrero—A las 8 de la mañana y con un frío de invierno, desembarco en el paradero de Mar de Plata. En ómnibus hasta el **Bristol Hotel**, un edificio en forma de cabaña suiza y con una suficiente capacidad para muchos centenares de huéspedes.

Excursión en carruaje, hasta la gruta natural, formada nadie sabe cómo, en la playa misma, y que resultaría más interesante sin los anuncios mercaderes toscamente pintados en los graníticos muros. El interior, recibe luz por una claraboya, natural también, un hueco caprichoso que permite al sol iluminar la cavidad y descubrir en ella una banqueta de piedra y un columpio formado de disformes huesos de ballena. Afírmame el co-

chero que se puede comer allí, al ruidoso compás de las olas que á las veces llegan á penetrar en la caverna.

—Yo he traído á varios,—añade el auriga, y luego de reflexionarlo un momento, termina sonriente;—pero han sido siempre parejas solitarias. . . .

Antes del almuerzo paseo por la Rambla. Elegantes del uno y del otro sexo, en una ociosidad que ha de aburrirlos soberanamente á pesar de sus esfuerzos por disimularlo. Algunos bañistas, muy pocos; una dama que recorre el inmenso trayecto de la playa á las casetas de madera, en traje de baño, empapado, que se adhiere á su cuerpo soberbio, con indiscreciones rufianescas, detallando los encantos ocultos.

Almuerzo en el gran comedor, que es un salón soberano. Muchas caras desconocidas; sensación de absoluto aislamiento.

Una tarde, **cretinizante**: de mi cuarto, á los billares; de los billares, á la playa; de la playa, á la peluquería. . . . No comprendo la existencia de los **mundanos**, inspíranme, y siempre me la han inspirado, una compasión sin límites por su pulcritud en el pergeño, por la vacuidad de sus charlas y por el mal empleo de su tiempo. El tipo es universal,—con las variantes de medio y de idioma,—lo propio es el de Europa, que el de México, ó que el de aquí: mucho exterior, el interior desocupado!

Por unos minutos, me apoyo en la balaustrada de la Rambla, frente al Océano. Esto alíviamme; veo, en la playa, niños que juegan con arena y con sus pocos años; á cierta distancia, el mar, presentando una línea de espuma, arremolinada y blanca; y el mixto rumor de las olas y de las vocécitas de los niños, el crepúsculo que empieza, recompénsanme del fastidio de todo el día.

En la comida, los masculinos de frac ó **smoking**,

y las señoras con elaborada **toilette**; ellas y ellos apercebidos para el baile con que noche á noche obsequia á sus huéspedes la empresa del hotel.

Veo bailar dos "lanceros," un vals, y me doy por bien servido; es lo enteramente invariable: hombres que se suponen irresistibles, mujeres que sonríen, que coquetean, que deben gozar, sin manifestarlo, con la confianza libidinosa de la momentánea **étreinte**.

Al subir á acostarme me asomo en la sala de juego: dos mesas de ruleta, concurrencias por padres y maridos, tranquilamente alejados de sus femeninas propiedades y que siguen absortos el desenfrenado correr de la mágica bolilla de marfil.

Asústese usted, luego, de que acaezcan ciertas cosas. . . .

13 de febrero—Más camino de hierro, rumbo al Tandil, á conocer su célebre piedra movediza. A fin de amenizar las nueve horas que dura el viaje, apelo á un buen compañero: los "Etudes et Portraits" de Paul Bourget. Y caigo precisamente en uno de los viajes á Inglaterra, en el que se ocupa, á propósito de los lagos, de De Quincey, el artista británico comedor de opio, y heredero del "cottage" que en famoso se tornó por haberlo vivido también el bardo Wordsworth ¡Cuánto sufrió De Quincey y cuánto amó! Hay un pasaje en que una tal Annie, querida suya,—una mujerzuela de lo último,—lo salva de una muerte por inanición con unas cuantas gotas de vino de Porto que en la boca le vierte con delicadeza de hermana de la caridad. . . . (¡Qué diferencia entre estas **mujerzuelas** y tantas **señoras** que perpetran adulterios diz que por pasión, pero sin comprometerse!) . . . Años después, De Quincey se casa, tiene ya de qué vivir, y se echa en busca de Annie, para premiarla. Pero, hallar á una mujer en las

calles de Londres, no es fácil empresa; no la encuentra nunca, y entonces, bendice la tos de tísica de su querida, anhela que la haya muerto,—contrariamente á los tiempos de antaño en que se aterraba de oírsele,—y libértádola para siempre de rufianes y *souteneurs*...

A las 6 de la tarde, arribo á Tandil. Es lunes de Carnaval y el lugar encuéntrase animado de sobra.

Acuéstome humedecido por un cartucho de agua que me dispararon en la calle, conforme á la bárbara y tradicional costumbre de los carnavales argentinos: empapar al prójimo, llenarle de papelitos de colores; **embromarlo**,—según por estas tierras se denomina el hecho de reventarlo á uno con esto ó con aquello.

14 de febrero—(Martes de Carnaval.) Gasto la mañana en recorrer el pueblo, que, por sus adentros, escaso interés ofrece; en retorno, su temperatura es deliciosa.

Después de almorzar, parto en un vehículo que ha de ser muy cercano pariente de las tartanas, á visitar la piedra movediza.

Salimos con que el cochero es oriundo del lago de Como, jovial y parlanchín.

Dieciocho años há que reside en la Argentina, vino muy granuja; y mientras trepamos la cuesta de la sierra, habla sin descanso, ríe, azuza los jamelgos y chasquea el látigo.

Al cabo de unas cuantas curvas, apeámonos en la falda misma del promontorio, en la vivienda de unos colonos tudescos, que nos reciben principescamente: nos brindan con una senrisa y con un vaso de agua!

Por una fermentida escalera á medio tallar en la viva roca, principia la ascensión, que es fatigósísima; hay que detenerse de cuando en vez.

para tomar resuello; que ayudarse con las manos; que afirmar el pie, hasta que una cima, también de roca, lisa y ancha, permite descansar...

Ya estamos junto á la piedra y mi primer impulso es retroceder algunos pasos. El monolito inmenso, por un prodigio de equilibrio inexplicable á primera vista, le hace creer á uno que va á precipitarse en el abismo,—tan diminuto es el punto de apoyo! Disipada la sorpresa, entra la admiración, una admiración muda, de espíritu humano y, por consiguiente, inferior. Luego, acércome, para saciar mi curiosidad de ignorante, y toco la piedra en diversos puntos. Sobre la propia meseta, hay fragmentos de muy regular tamaño, que un rayo le arrancó al monolito; y en una tercera piedra, hállase enclavado un pararrayos, que lo defiende de nuevos mordizcos destructores. Por doquiera, se leen nombres de visitantes, monogramas, fechas,—grabados ó dibujos.

Nosotros hemos traído una botella vacía, con objeto de palpar la maravilla: el cochero, agazapado, colócala donde debe colocársela, y al impulso suyo, sumado al mío y al de un oficioso, la piedra principia á oscilar muy lentamente, y á hacer astillas la botella, que cruge y gime cual si de veras sufriese con la tortura. . . . El enorme peñón no pierde su centro de gravedad. . . .

¡Pura y sencillamente asombroso!

Si Europa ó los Estados Unidos lo poseyesen, disfrutaría ya de una reputación universal y sería objeto de incesantes peregrinaciones de ignorantes y sabios.

Hacia abajo, contéplanse los campos sembrados del valle; las arboledas de los huertos y, un poco más lejos, el caserío del pueblo y las torres de su templo, blancas, recibiendo de plano la despedida del sol poniente.

En marcha para "El Manantial de los Amores," un nombre bello y sugerente, ¿no es cierto?

Pues el sitio en que se encuentra es más bello y sugerente todavía.

Perdido en el centro de un bosquecillo de sauces, sin conocerse sus orígenes, con ligeros aumentos y disminuciones en su caudal, el hilo de agua brota todo el año, una agua fresca y cristalina, que, con rumor de lejano beso, cae en un lecho de flores y de hojas secas; después, por entre los árboles que le prestan sombra, serpentea á su capricho y va á perderse á distancia grandísima...

Quiere una leyenda,—narrada por mi cochero en tanto me escancia del agua aquella,—que en este rincón tuvieran diaria cita dos amantes del pueblo. De pronto, ella dejó de concurrir, él, inconsolable, la llamó, llorando, una vez y otra vez, un día y otro día, y murió al fin, junto al chorro de agua que tanto acariciaba los desnudos pies de la amada, bajo las ramas que cobijaron la dicha de ambos, y, discretas, temblorosas, tanto escucharon los juramentos y las promesas....

La idílica narración en castellano macarrónico, póneme, sin embargo, pensativo. En efecto, este es un sitio que se diría hecho á propósito para el amor: soledad, silencio, césped, follaje, la luz tamizada, el aire bien oliente, y el agua que cae y cae con rumor de beso lejano...

Pero ¿acaso hay en el mundo lugar ninguno en que el amor perdure? ¿no la mujer siempre nos abandona cuando se siente idolatrada? ¿no hacemos los hombres exactamente lo mismo? ¿no el amor exige para su siempre efímero vivir, que haya un verdugo y una víctima?... Y alzo el rostro, á ver los sauces "llorones" que con sus ramas caídas simulan, en verdad, un perpétuo lloro por las horriboras y postreras desventuras del muerto enamorado de la tradición.

—¿Por qué tan triste? ¿se ha puesto malo?—pregúntame el cochero.

—No, estaba yo soñando...

—¡Soñando con los ojos abiertos!...—añade. Y rompe á reír, á carcajadas, se sube al pescante, empuña las riendas y durante buen rato, continúa su risa, como para demostrarme que es amigo de bromas.

Mucho que lo envidio ¡ojalá que sólo soñáramos cuando dormimos!

15 de febrero—Sobre mi escritorio, y á mi regreso á Buenos Aires, encuéntrome una carta de México, de una hermana mía, enviándome los retratos de sus dos hijitos, y en el texto, un mundo de recuerdos de nuestra infancia; borrados algunos renglones, con el llanto que ha de haber vertido al evocarlos.

Una nadería para muchos, una dulcísima nota para mí.

18 de febrero—Tercer carnaval que paso en Buenos Aires.

Decido ir á conocer cómo son los bailes en sus teatros. Visito el "Politeama" y la Opera; desagradable impresión en ambos; rameritas más ó menos alhajadas y bien vestidas, es decir, bien desnudas, y troneras señoritas y sin señorita. Sin pizca de gracia, igual á México, obsceno bailar, borrachera, riñas.

¿Por qué me habrá invadido retrospectiva tristeza de haber sido, años atrás, elemento de tales fiestas? Entonces me parecían por ellas, ahora parecenme detestables, ¿cuándo habré estado en lo justo, entonces ú hoy?...

Los bailes de aquí se diferencian de los de México en que los teatros bonaerenses son en su casi totalidad limpios y decentes, y los nuestros, en su totalidad, indecentes y sucios.

En el "Politeama", había bastante gente ordi-

narla. La Opera, ya de suyo suntuosa—uno de los mejores teatros que conozco—se hallaba con lo mejor de la sociedad porteña (capítulo de masculinos, se entiende!) y presentaba un deslumbrador golpe de vista.

De todos modos, me quedo con los bailes de carnaval de los clubs, como el del "Progreso," á que concurrí el año pasado; pues en ninguna otra parte del mundo, que yo sepa, hay la deliciosa costumbre que aquí impera en esos bailes: los caballeros no van con disfraz sino de frac; las damas, sí, y conservan la careta; al principiar la diversión, se invierten los papeles, son las señoras las que solicitan á los hombres para bailar, y tiene Ud. el derecho de que le rueguen, hasta de desairar.

21 de febrero—Anda por estas tierras un pobre mexicano endiantradamente vicioso. Es tipógrafo y ha vivido en España, trabajando como tal. Acudió á mí hace tiempo y le procuré un buen puesto en una de las mejores imprentas de Buenos Aires. En vez de ir á ganarse el pan, se recetó una borrachera máxima para festejar su adquisición de empleo, tan máxima, que paró en el hospital. El exceso alcohólico le recrudeció males viejos, á los que llamó por su verdadero nombre, sin eufemismos, en una carta medio romántica que me escribió desde el asilo: "... en el lecho del dolor... tierra extraña... solo en el mundo... un ataque de sífilis!..."

De entonces acá, me ha perdido el respeto; búscame con frecuencia, lo mismo en su juicio que en las viñas del Señor, con muchos gritos de "¡Viva México!"; "¡Viva Don Benito Juárez!"; y aunque yo lo regañe con dureza, es inútil, no puedo rehusarle dinero. Parece, pues, cosa convenida que él acuda á mí y que yo lo auxilie.

Hoy se me presenta borrachísimo; ha leído que

retiran nuestra legación y me anuncia,—¡oh, lo sabe de buena tinta!—que el Gobierno argentino no me dejará salir, sino que me colocará ventajosamente en su administración. Apeándome el tratamiento, me pide un peso y me participa que piensa irse á Nueva York. Baja las escaleras con el peso en la mano, descubriendo con el brazo curvas inconscientes, y repitiéndome:

—¡Gamboa, Dios lo haga feliz muchos años!...

Es particular, siempre me impresionan estos conjuros de los borrachos y de los mendigos. Soy un supersticioso, y creo que los que verdaderamente sufren, tienen clarividencias de adivinos.

22 de febrero—Concluido el capítulo X de "Impresiones y Recuerdos."

2 de marzo—En la casa del Encargado de Negocios de Francia; los de siempre. Cenamos á las 2 de la mañana, y el principal asunto de nuestra charla es la noticia, llegada hoy por cable, de un asalto armado á la legación de la Gran Bretaña en Guatemala. Con este motivo, el Secretario de la de Alemania aquí, nos cuenta que el actual Embajador de su país en * * *, cuando era Consejero de la legación alemana en Constantinopla, hace muchos años, salió á pasear con su mujer, por el campo, muy recién casados. Ya en despojado, los sorprendieron unos turcos, que, tras breve lucha, violaron á la esposa delante del marido, y, luego, ¡¡violaron al marido delante de la esposa!!! "Por pudor"—agrega el Secretario—el gobierno de Alemania no quiso intentar una reclamación diplomática"...

5 de marzo—Continúo bastante enfermo del

espíritu. Esta noche me sucede lo que no me había sucedido nunca: la idea fija, la amatoria obsesión me roba el sueño; hasta las 5 y $\frac{1}{2}$ de la mañana no logro adormecerme.

Tristísimo, pasarse toda una noche á solas con un gran dolor!

6 de marzo—Termino el capítulo XI de "Impresiones y Recuerdos."

12 de marzo—Termino el capítulo XII de "Impresiones y Recuerdos."

17 de marzo—A comer esta noche en mi casa, los duques de Licignano, decanos del Cuerpo diplomático en la Argentina y distinguidísima pareja sorrentina de viejos cautivantes y cultos.

19 de marzo—Dos amigos argentinos me llevan al campo, á almorzar á la casa de una familia uruguaya venida á menos, que ha puesto un plantel de gallinas, patos, etc.

Nos reciben con grande amabilidad, la madre, que es húngara y viuda de húngaro, y los dos hijos que la acompañan, un par de mocetones bien simpáticos por cierto, de un rubio parecido al del vino de la tierra de sus padres. Por más agasajarnos, la señora guisa y nos ofrece un almuerzo, sin pretensiones, muy superior al de tres ó cuatro restaurantes porteños de alguna fama.

La desnudez de las habitaciones y la escasez de trastos, están gritando la situación precaria de los dueños. Nos sentamos á la mesa, luego de evacuado el negocio que traía á mis amigos, y llamaron mi atención en el conjunto de pobreza, unos cu-

biertos de lujo, escapados del naufragio y urna de qué sé yo cuántos recuerdos familiares, á juzgar por los miramientos con que los manejan la viuda y los dos huérfanos.

Los tales cubiertos, con su monograma de plata, grabados, frente al mantel zurcido y la porcelana ordinaria arrojan claridades tristes, forman un poema doloroso.

27 de marzo—Termino el capítulo XIII de "Impresiones y Recuerdos."

28 de marzo—Hace mucho tiempo que no concurro al Ateneo Argentino,—del que en lo oficial y por mi calidad de extranjero, soy sólo socio correspondiente, aunque en realidad sea socio fundador.

La noche de hoy es noche de reunión reglamentaria.

Recojo de Carlos Vega Belgrano y de Rafael Obligado, la halagüeña opinión de que me he emancipado de Zola mi maestro (¡y á muchísima honra!) y de que quizás se me considere, andando los años, propagador, en nuestra América, de una escuela literaria modernísima que se denominaría "sincerismo." Rafael, insiste:

—Tu personalidad, en arte, comienza á campar por sus merecimientos propios, á pesar de tus defectos, que los tienes...

30 de marzo—Termino el capítulo XIV de "Impresiones y Recuerdos;" aún faltanme dos para terminar el libro.

31 de marzo—¿Cómo andaré por dentro?.....

la menor pequeñez, en la soledad de mi vida, me arranca lágrimas! Y recuerdo que Flaubert cuenta en su "Correspondencia," que varias veces atravesó él por idénticos períodos, lo que no me consuela; él lloraba por defecto de amor y yo por exceso. ¿Será necesidad la de ambos?

A la noche, el Ministro de Chile, que regresa á su país, invítame á comer con él y con el personal de la legación en el "Café de París; comida de confianza. Aprendo, entre otras cosas, que en Chile es cosa corriente y que revela distinción, el que los cónyuges entre sí y aún en la mayor intimidad, en vez de tutearse se hablen de usted.

1.º de abril—Los diarios de la mañana se quejan del comportamiento observado por jóvenes argentinos durante la Semana Santa que acaba de pasar, con las señoras y señoritas á las puertas de los templos.

Parece que se desmandaron en palabra y obra; que se permitieron decir palabrotas; que osaron tocarles las espaldas... Y á propósito de estos hechos,—por desgracia comunes en todos los países hispanos, á causa de la "herencia,"—algún periódico pregunta, y con razón, ¿qué opinará un extranjero cuando sepa que el año pasado y por motivo igual,—la licencia de unos cuantos indecentes,—tuvo que formarse una sociedad protectora de señoras?...

¡Vaya usted á saber lo que dirá!

6 de abril—Visito el nuevo edificio de las aguas corrientes en la calle de Río Bamba. Un palacio que ya quisieran para substituir su fea Casa Rosada,—léase, Casa de Gobierno. Ocupa una manza-

na y forma un inmueble suntuosísimo, el mejor de la República y con rival ninguno, dado su objeto, ni en Europa, ni en los mismos Estados Unidos. Luce, en sus cuatro fachadas, rejas doradas á fuego, y molduras de mayólica en sus ventanas, sin contar esculturas y relieves de alto precio. Diríase que alberga hadas, y nó, todos esos millones se han derrochado para que el flamante edificio albergue sólo enormes estanques de agua potable...

Es la última locura de la buena época de estos pródigos argentinos.

11 de abril—Terminado el capítulo XV de "Impresiones y Recuerdos," intitulado EN BUENOS AIRES. Lo leo en mi reunión martense de esta noche, delante de argentinos tan argentinos como Rafael Obligado, Carlos Vega Belgrano, Joaquín V. González, Ernesto Quesada, Martín Coronado, etc., porque no quiero que, mañana, las apreciaciones que en él hago resulten excesivas ó equivocadas.

Y el cóncil pleno, me lo aprueba sin observar nada en su contra.

17 de abril—Hoy concluí mi libro, y en el acto mismo tengo un disgusto.

El editor J. Peuser, que tan liberal se mostró cuando la impresión de "APARIENCIAS" y que hasta hace unos cuantos días aguardaba mis "IMPRESIONES Y RECUERDOS," anuentísimo á editarlos, manifiéstaseme algo reacio en la entrevista; me garantiza que perdió el dinero con "APARIENCIAS"... Aquello me contraría lo increíble y aclaro situaciones:

—Lo que quiere decir que no editaré Ud. mi libro...